

II

¿Gran Suroeste o Aridoamérica-Oasisamérica?

En diciembre de 1953 tuvo lugar en la ciudad de Tucson, Arizona, la reunión de la American Anthropological Association y allí se realizó un simposio sobre el Suroeste, coordinado por Edward H. Spicer (1906-1983) y Emil W. Haury (1904-1992). Como resultado de ello, el número 4 del volumen 56 de la revista *American Anthropologist*, correspondiente a agosto de 1954, estuvo dedicado al Suroeste, bajo la coordinación de Emil W. Haury. El artículo introductorio corresponde a Paul Kirchhoff y tuvo tres comentaristas designados: Ralph L. Beals, Carl O. Sauer y Alfred L. Kroeber. Las repercusiones del texto de Kirchhoff se dieron principalmente en el sur de la frontera internacional —donde, sin discusión alguna, los términos Oasisamérica y Aridoamérica fueron añadidos por la antropología mexicana al de Mesoamérica—, planteándose un macroconjunto denominado Mexamérica (Jiménez Moreno, 2004 [1961]), o entendiéndose que la suma de esas tres áreas culturales constituía la base para la historia antigua de México (López Austin y López Luján, 2006: 11-17). Con el fin de que el lector tenga un panorama contextual de este ensayo kirchhoffiano, se enlistan los otros artículos de dicho número temático: “Arqueología del Suroeste, su historia y teoría”, de W. Taylor, con comentarios de Paul S. Martin e Irving

Rouse; “Las interrelaciones culturales del Suroeste y la cuestión de la contradicción de área”, de Joe Ben Wheat, con comentarios de J.O. Brew, Watson Smith y Gordon R. Willey; “Transición hacia la historia en el Suroeste pueblo”, de Erik K. Reed, con comentarios de Albert H. Schroeder y J.O. Brew; “Algunos problemas en la antropología física del Suroeste norteamericano”, de J.N. Spuhler, con comentarios de T.D. Stewart y Bertram S. Kraus; “Lingüística india americana en el Suroeste”, de Stanley Newman, con comentarios de C.F. Vogelin, Harry Hoijer y Morris Swadesh; “Relaciones interculturales en el Gran Suroeste”, de Ruth Underhill, con comentarios de W.W. Hill y Esther S. Goldfrank; “Aculturación española-india en el Suroeste”, de Edward H. Spicer, con comentarios de Florence Hawley Ellis y Edward P. Dozier; “Estudios de cultura y personalidad en el Suroeste”, de Clyde Kluckhohn, con comentarios de David F. Aberle y A. Irving Hallowell; “Antropología aplicada en el Suroeste”, de William H. Kelly, con comentarios de Laura Thompson y John Adair, y “Principales contribuciones de los estudios del Suroeste a la teoría antropológica”, de E. Adamson Hoebel, además de una “Bibliografía selecta” presentada por Emil W. Haury.

Recolectores y agricultores en el Gran Suroeste: un problema de clasificación

En su discusión acerca de la ampliación gradual del concepto que los antropólogos tienen del Suroeste nativo de Norteamérica, en 1928, en su obra *Native Culture of the Southwest*, Kroeber nos señala: “Es evidente que si este Suroeste mayor es una verdadera entidad cultural, los pueblos antiguos o incluso el Suroeste de Arizona-Nuevo México sólo es un fragmento cuyo funcionamiento únicamente es entendible en términos de una mayor extensión” (*ibidem*: 376). Es por ello que este simposio se refiere al Suroeste esencialmente en el sentido más antiguo y más restringido, es decir, a su parte mejor conocida por la ciencia. Espero que la inclusión de un artículo introductorio acerca del Gran Suroeste demuestre la creciente comprensión, entre los investigadores, de lo que ese autor señaló hace veinticinco años.

Mi discusión versará acerca del problema de si el Gran Suroeste es o no una verdadera entidad cultural. El primer ensayo de este simposio pudo haber sido presentado por un arqueólogo o un etnólogo. El arqueólogo tiene la ventaja de estar familiarizado con varios periodos históricos y, por lo tanto, podría discutir nuestro problema en relación con varios niveles temporales. El etnólogo, aunque limitado a un lapso de tiempo menor, posee otras ventajas como el disponer de información referente a una gama más amplia de fenómenos culturales y sus interrelaciones funcionales. Además si centra su interés en la época del primer contacto con los europeos, tendrá información de un mayor número de pueblos, prácticamente de todos los que existieron en esa época. Es cierto que la información para ese periodo por lo general es muy esquemática, pero es suficiente para permitirnos ver semejanzas y diferencias que indican la contemporaneidad de culturas regionales o áreas culturales. Cuando complementamos de forma



* Universidad de Washington (Seattle). Traducción de Antonio Benavides a partir de “Gatherers and Farmers in the Greater Southwest: a Problem in Classification”, en *American Anthropologist*, vol. 56, núm. 4, 1954, pp. 529-550 <http://www.wanthrosource.net/>. Revisión de la traducción de Jesús Jáuregui y Juan Pablo Jáuregui.



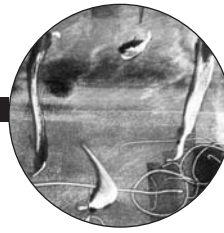
juiciosa lo anterior con los riquísimos datos que nos ha proporcionado el trabajo de campo moderno en aquellas culturas individuales que aún subsisten, surge un panorama global que el arqueólogo no puede esperar obtener para ningún periodo anterior. Como resultado de esto, es más factible que el etnólogo piense en términos de regiones más grandes y de culturas regionales. Ésta puede ser la razón por la cual se pidió que iniciara la discusión un etnólogo y no un arqueólogo. Si bien los datos del etnólogo pueden ofrecer el punto de partida más conveniente para clasificar a las culturas nativas del Suroeste, el arqueólogo deberá transportar este estudio a periodos más tempranos hasta llegar al momento en el que se originaron las culturas regionales del Gran Suroeste históricamente conocidas.

Algunos comentarios introductorios, no completos ni formulados de manera definitiva, indicarán mis ideas generales acerca de las áreas culturales y algunas de las premisas teóricas a partir de las cuales emprendo la tarea de agrupar a las culturas nativas del Suroeste de Norteamérica.

1. Como regla, las culturas individuales (término con el que me refiero a las culturas de unidades étnicas específicas) comparten con algunas culturas cercanas o vecinas tanto rasgos y complejos, y están organizadas conforme a tales líneas similares, que

aparecen como variantes de una cultura regional o, como se dice con mayor frecuencia, un área cultural.

2. Las áreas culturales con frecuencia coinciden con áreas naturales, pero entre más avanzada es una cultura regional, más apta será para traspasar las fronteras naturales.
3. Las culturas regionales se caracterizan por rasgos y complejos, así como por una organización global que en parte se ha derivado y en parte se ha desarrollado alrededor de un tipo específico de producción de alimentos y herramientas. Tanto el tipo de producción como los otros rasgos y complejos que acompañan a una cultura dada pueden difundirse por separado. Pero un pueblo sólo puede considerarse como parte de un área cultural determinada cuando se hallan juntos el tipo de producción y un considerable número de otros rasgos y complejos.
4. Las culturas regionales, como las culturas individuales, no son meras construcciones teóricas sino parte de una realidad concreta. En muchos casos la simple descripción de una cultura individual queda incompleta en tanto no sea vista como parte de una cultura regional. En cualquier caso, una de nuestras primeras tareas analíticas es ubicar a la cultura individual en relación con sus vecinas, es decir, asignarle un lugar dentro de la cultura regional a la que pertenece. Sin importar la lejanía a que finalmente pueda llegar nuestra comparación, no podemos omitir esta primera etapa sin desprender a la cultura individual del contexto al que pertenece.
5. Las culturas regionales existen en un tiempo y lugar determinados; y los términos cultura regional y área cultural deben entenderse como referidos a un fenómeno limitado espacial y temporal, aun cuando sólo se mencione específicamente el aspecto espacial. Durante el transcurso de su existencia, una cultura regional cambia de manera continua, tanto en su contenido específico como en su organización global, y uno de los aspectos más significativos de pertenecer a una cultura regional es la participación en su historia. Los cambios causados interna o externamente que ocurren en una parte de un área cultural tienden a afectar a las otras partes y en su expansión con frecuencia se detienen en sus límites.



6. La mayoría de las áreas culturales se dividen en varias subáreas como resultado de un desarrollo divergente de sus miembros (que puede deberse a causas internas o externas) o a la fusión incompleta de culturas originalmente distintas. En cualquier caso, son frecuentes las diferencias en el grado de participación de los aspectos más significativos de la cultura regional. La subárea en la que aparecen desarrolladas de manera más rica por lo general también es la más activa y desde ahí es donde llegan a las demás subáreas los desarrollos e innovaciones más importantes. Kroeber la ha llamado subárea “clímax”, aunque posiblemente sea más apropiado el término “central” o “focal”. Entre más avanzada o compleja sea una cultura regional, las diferencias en nivel o intensidad entre sus subáreas serán más marcadas y asimismo será más importante el papel de su clímax o el de su foco.
7. Al igual que las culturas individuales, las culturas regionales deben verse antes que nada dentro de sus contextos, es decir, en relación con las culturas vecinas o cercanas. Pueden estar o no relacionadas de forma genética, una deriva de otra o ambas proceden de una raíz común. En su desarrollo histórico ambas pueden ser esencialmente independientes, o una dependiente de la otra; las influencias entre ellas pueden haber ocurrido en ambos sentidos o sólo en uno; pueden haber estado expuestas a influencias foráneas iguales o diferentes; pueden ser similares o distintas en cuanto a su nivel de desarrollo; y los límites entre ellas pueden ser claros o difusos, en esencia estables o inestables. Las culturas regionales ocupan de forma general territorios continuos, pero en ocasiones observamos partes o el total de una cultura dentro del territorio de otra, quizá como resultado de la retirada de una y el avance de otra. En tales casos, una es considerablemente más joven y menos desarrollada y compleja que la otra.

Existen pocas partes en el mundo que rivalizan con el Suroeste norteamericano como un campo para el estudio de los problemas relacionados con la clasificación de las culturas. En un área con condiciones naturales únicas, dos pueblos culturales básicamente

distintos se han encontrado y se han mezclado de forma parcial. Un pueblo procede de la gran masa de recolectores del norte (como recolectores incluyo a todos aquellos pueblos que no vivían ni de la agricultura ni de la ganadería) y el otro deriva de las avanzadas culturas agricultoras del sur. El resultado, por fortuna conocido en varios niveles temporales, es complejo y confuso en algunos aspectos. Una vez establecidos en esta área, tanto agricultores como recolectores desarrollaron nuevas características o conservaron rasgos antiguos que los separaron de sus parientes del sur y del norte, respectivamente. Estas diferencias ¿son lo suficientemente importantes como para garantizar el estatus de áreas culturales separadas? ¿Hasta qué grado han influido entre sí ambas grandes corrientes? ¿Han mantenido su separatismo cultural a tal grado que constituyen dos áreas culturales, o se han fusionado en una sola? Tal parece que nos encontramos con el problema teórico más significativo planteado por las culturas nativas del Gran Suroeste, y que de su correcta solución depende la naturaleza y propiedad de las investigaciones realizadas en esta áreas; es decir, del establecimiento de un marco de referencia adecuado para el estudio de las culturas individuales y de las relaciones entre ellas.

Del Suroeste al Gran Suroeste

Nuestras ideas acerca del Suroeste originalmente se derivaron de las culturas de los pueblos históricos y prehistóricos de Nuevo México y Arizona, pero desde fechas tempranas ha habido una tendencia a añadir otros grupos a este núcleo. En *Native Culture of the Southwest*, Kroeber anota: “Hace mucho tiempo que Haeberlin no dudó en tratar a los californianos del sur francamente como miembros del Suroeste... Wissler y yo, en clasificaciones continentales, extendemos la cultura del Suroeste hacia el sur, cerca del trópico, de modo que la mitad cae en México. Nadie parece haber discutido esta clasificación, quizá por los escasos que son los datos del norte de México” (Kroeber, 1928: 376)

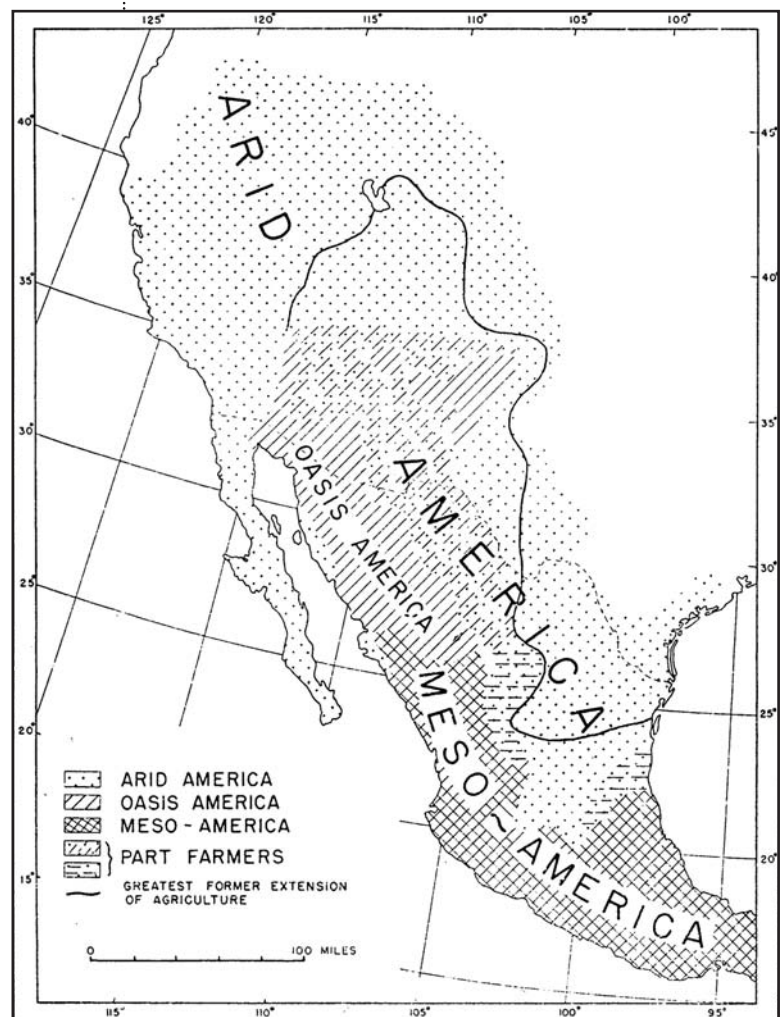
Varios años más tarde, en 1932, Beals publicó *The Comparative Ethnology of Northern Mexico Before 1750*,

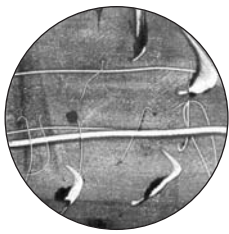
en donde establece un límite sur más preciso del área del Suroeste. Comienza en la costa occidental justo al sur del río Sinaloa y termina en la costa del Golfo en Soto la Marina, llegando por el sur hasta el norte del altiplano mexicano de modo que incluye algunas, más no todas, de las tribus nómadas no agricultoras de esa área. Este autor parece haber considerado tentativa a esta parte del límite sur “ante la ausencia de información más definitiva acerca de los nómadas”.

En 1939 Kroeber publicó *Cultural and Natural Areas of Native North America*, que es el primer intento, y hasta la fecha el único, para dividir todo el norte y Centroamérica, primero en un número relativamente grande de pequeñas áreas culturales y después en unas cuantas unidades mayores. Una de estas últimas unidades es el Suroeste o el “Suroeste Cultural”, como lo llama frecuentemente el autor, del lado estadounidense incluye Nuevo México, Arizona y el sur de California, pero excluye la Gran Cuenca y el centro de California. Del lado mexicano sigue el límite sur de Beals solamente en la costa occidental, señalando que para el resto “la cuestión de la frontera del suroeste mexicano debe quedar esencialmente abierta por el momento” (Kroeber, 1939: 32). De hecho al oriente de la Sierra Madre Occidental sólo incluye a los tarahumaras, y ello con grandes reservas (*ibidem*: 40), considerando en su “México y América Central” todo lo demás del norte de México, es decir, a todos los recolectores y agricultores parciales del norte del altiplano mexicano y de la costa del Golfo al norte de Tampico (*ibidem*: 128-129). Curiosamente, los recolectores del sur de Texas son incluidos en las “Áreas del Este” (que a su vez están incorporadas en las “Áreas del Norte”), si bien Kroeber señala que en esta región, junto con Tamaulipas, forma “el área mayor de la Costa del Golfo” (*ibidem*: 126), no se explica por qué entonces Tamaulipas es tratado dentro de “México y América Central”, y el sur de Texas dentro de las Áreas del Este.

En su nueva edición de 1948 de *Anthro-*

pology, Kroeber nuevamente separa el norte del altiplano mexicano y Tamaulipas con respecto al Suroeste. Se refiere a éstas conjuntamente como el “noreste de México” y las incluye en su división no agrícola de “Mesoamérica Subnuclear” (*ibidem*: 788, mapa). Cuando argumenta que la “inclusión de Kirchhoff de la región subnuclear agrícola en la Mesoamérica de Alta Cultura deja al noreste de México completamente fuera de Mesoamérica... sin asignarle una relación específica con las culturas del norte de México” (*ibidem*: 793, nota 11), parece haber pasado por alto el hecho de que tanto en mi introducción de 1942 a la edición mexicana de *Noticias de la Península Americana de California*, del padre Baegert, como en mi trabajo de 1943 sobre *Meso-américa*, incluí específicamente a los recolectores





del norte de México en el Gran Suroeste o Norteamérica Árida (Kirchhoff, 1942: XVIII; 1943a: 100, 104). Además en el mismo año, en 1943 [en realidad fue en 1944], se publicaron los artículos y discusiones de la Conferencia del Norte de México de la Sociedad Mexicana de Antropología, que contienen tanto el posterior desarrollo de la misma clasificación, elaborado por Beals (1944: 191-199); como mi mapa intitulado "Norteamérica Árida" (1944: 134).

La agrupación de los recolectores del norte de México en México-América Central o Mesoamérica hecha por Kroeber puede remontarse a la posición anterior de Beals cuando marcó el límite sur del Suroeste a través de esa región señalando que "esta división presenta a muchos pueblos nómadas no agricultores en el área mexicana, creando una situación similar a la que existe en el Suroeste, donde virtualmente tenemos dos tipos de cultura coexistiendo en la misma área" (Beals, 1932: 146). Pero en la Conferencia del Norte de México, en la cual presenté nuevos datos de los recolectores y agricultores parciales del altiplano norteño (1944: 133-144, con un mapa que muestra las subáreas), Beals dejó de titubear respecto a la porción sur de esta área y la incluyó completa en su Gran Suroeste. De acuerdo con la proposición anterior, Drucker en *Culture Element Distributions XVII: Yuman-Pima* (1941), también argumentó en favor de una extensión hacia el sur para la parte agrícola del Gran Suroeste a fin de incluir a los pueblos de la Sierra Madre, incorporando además a los coras y huicholes (*ibidem*: 226), (yo incluyo a estos pueblos en Mesoamérica).

En cuanto al límite norte del Suroeste, en 1942 consideré no sólo el norte de México, incluyendo Baja California, sino también la Gran Cuenca como perteneciente al Gran Suroeste o América Árida, como entonces propuse que se llamara (Kirchhoff, 1942: XVIII) y, asimismo, en mi mapa de 1944 incluí la costa sur de Texas, pero excluí el centro de California, que entonces aún consideraba como un área cultural aparte (1944: 134). Por otra parte, Beals pensó en la posibilidad de que "grandes sectores del centro de California debían incluirse por razones climáticas y quizá culturales" (Beals, 1944: 194; *cf.* Drucker, 1941: 223). Ahora

he llegado a pensar que toda California, excepto su parte noroeste, debería incluirse en el Gran Suroeste, tanto por razones climáticas como culturales.

En razón de lo anterior, en la actualidad yo definiría territorialmente al Gran Suroeste incluyendo el centro y el sur de California, Baja California, la Gran Cuenca, Arizona, Nuevo México, la costa sur de Texas y el norte de México hasta los ríos Sinaloa y Pánuco.

Naturaleza y cultura en el Gran Suroeste: ¿una o dos áreas culturales?

Esta gran área árida o semiárida ofrece al hombre de nivel pre-agrícola o pre-ganadero básicamente los mismos recursos alimenticios en toda su extensión. Estos recursos pueden caracterizarse como una mayor comida vegetal que animal y dicha flora comestible es de un tipo específico (*cf.* *infra*, p. 84). Las pocas subregiones en donde se invierte esta caracterización son demasiado pequeñas y aisladas entre sí como para afectar el panorama global. Por ello podemos anticipar que en un nivel cultural en donde el hombre toma esencialmente lo que la naturaleza le ofrece, esta situación ampliamente uniforme formará sólo un tipo básico de cultura, en parte derivado y en parte desarrollado alrededor de un tipo específico de producción.

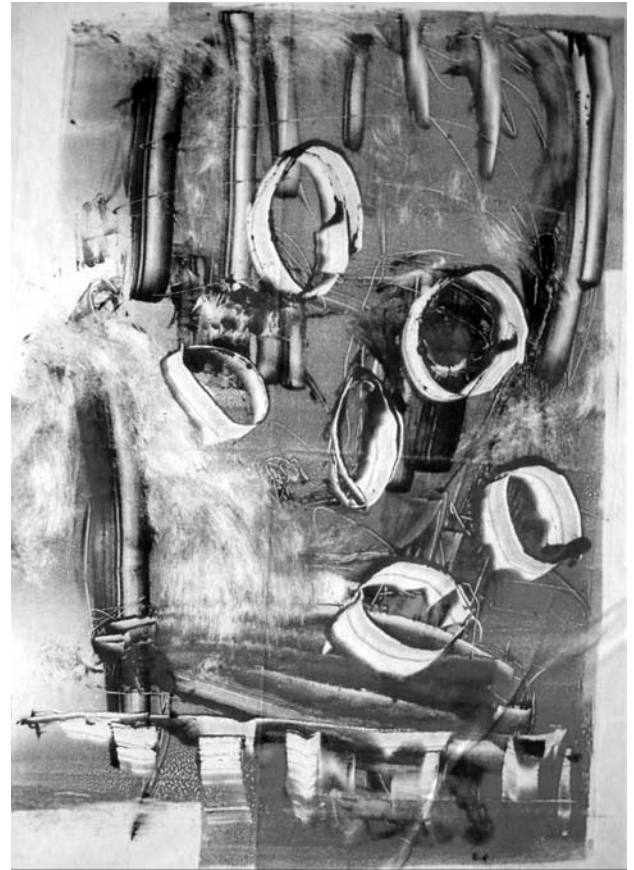
Para el hombre agricultor, el Gran Suroeste ofrece oportunidades restringidas de cultivo, en algunas regiones sin y en otras sólo con irrigación. Las áreas susceptibles de explotación agrícola a nivel pre-maquinaria se hallan en sectores semiáridos o en territorios similares a oasis, relativamente pequeños, dentro de extensiones áridas. Puesto que la agricultura no parece haber surgido de forma independiente en ninguna parte del Gran Suroeste (todas las plantas cultivadas en tiempos pre-europeos eran de origen sureño, con la posible excepción del tipo de frijol *tepari*), el aprovechamiento de las posibilidades de cultivo ofrecidas por el área dependía del arribo en sus varios sectores de agricultores o de técnicas agrícolas y productos que pasaron de grupo en grupo. La ausencia de agricultura en áreas propias para ello, como en California, no se debe entonces a limitaciones naturales sino a limitaciones culturales de carácter histórico: la debilidad de los estímulos agrícolas.

En esta forma, el Gran Suroeste ofreció dos conjuntos de condiciones y oportunidades muy distintas para dos tipos de cultura; uno hallado en toda el área, para los recolectores; y otro localizado en sectores restringidos, para los agricultores. Durante una época los recolectores parecen haber vivido en toda el área y aun cuando la caza y la pesca pudieron haber sido más importantes que la recolección de alimentos silvestres en localidades específicas, esta última actividad debe haber sido la base del tipo de cultura predominante. Para esa época podemos suponer la existencia de sólo una área cultural en el Gran Suroeste. Pero esto cambió desde el momento en que la agricultura apareció en algunas partes de esa área, y es en este punto en donde surge el tema que nos ocupa, relacionado con saber si estamos tratando con una, dos o posiblemente más áreas culturales.

Mi posición es que durante mucho tiempo en el Gran Suroeste han existido dos culturas distintas, geográficamente separadas, y que debemos reconocer esta situación hablando de dos áreas culturales y no de una, como antes lo hacíamos. Puede ser difícil clasificar a algunos pueblos de cultura de transición, pero ello no puede seguir siendo una razón para unir de forma conceptual a las dos áreas culturales en una sola: creo que se ha hecho mucho daño tratando de forzar a las dos culturas regionales en un solo esquema conceptual. Yo mismo lo he hecho antes, pero al fin he llegado a la conclusión de que es un esquema no realista y artificial.

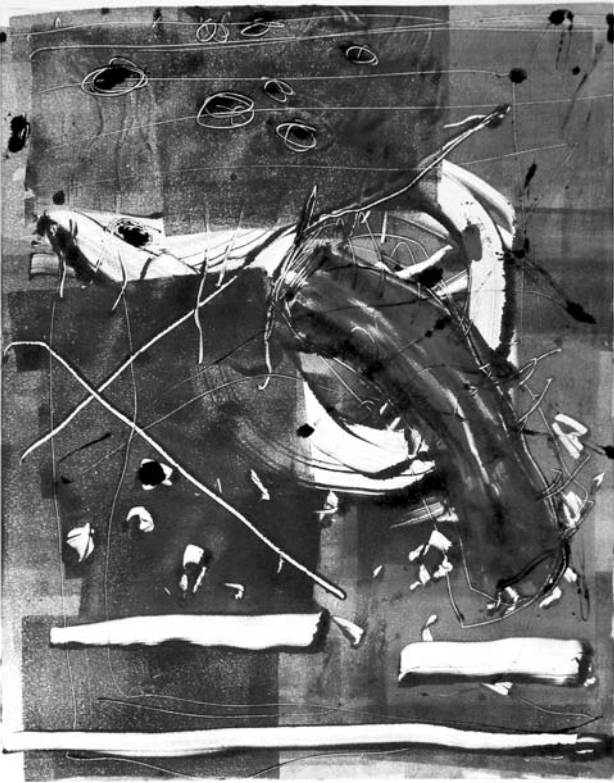
A continuación resumiré la historia de los conceptos Suroeste y Gran Suroeste como definiciones de una cultura o culturas regionales y espero poder mostrar cómo la gradual ampliación geográfica del concepto original por sí mismo ha creado la base y necesidad de una reorientación teórica y una completa inversión de la idea tradicional de que el Suroeste constituye un área cultural. También pretendo mostrar cómo y por qué esa idea arraigó tanto en nuestro pensamiento de modo que durante mucho tiempo la mayoría de nosotros pensó, cuando mucho, reformar el concepto de una sola área cultural Suroeste, pero jamás abandonarlo del todo.

Al hacer este resumen, escogeré para argumentar solamente lo que parecen ser las contribuciones más significativas al problema.



Como veremos, el lugar clave en esta cuestión pertenece a los pueblos que se hallan en una posición cultural intermedia entre los dos extremos: los sencillos recolectores de alimentos cuya cultura muestra pocas, si es que algunas, influencias de pueblos más avanzados, y las culturas altamente organizadas de los agricultores. Este grupo intermedio está formado por pueblos que han adoptado ya sea tanto la agricultura como otras características de la cultura de los agricultores, o solamente estas últimas. Siempre que se ha adoptado la agricultura, ésta no es más que un agregado a la recolección, de modo que podemos hablar de agricultores parciales. Estos pueblos intermedios parecen ser el meollo del asunto. Si no fuera por ellos, no imagino cómo alguien habría pensado en incluir a los zuñi y a los seri en la misma área cultural.

La primera clasificación de los pueblos del Suroeste reconocida por los investigadores modernos tenía un doble carácter. Por un lado se hallaban los recolectores y agricultores parciales, seminómadas, sencillos y poco organizados; y por el otro, estaban los agricultores sedentarios, mucho más ricamente desarrollados y



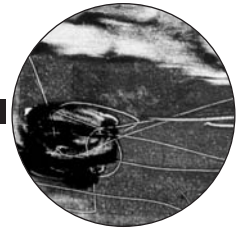
estrictamente organizados. En esta forma, en la primera edición de su *Indians of the Southwest* (1913), Goddard dividió a las tribus nativas recientes en “Pueblos” y “Grupos Nómadas”, clasificación que en la segunda edición (1921: 141) sustituyó por otra aparentemente tripartita, aunque en realidad todavía bipartita. Así agrupó a los “habitantes de pueblos” y “habitantes de aldeas” (ambos “casi igualmente sedentarios”) en contraposición a los “habitantes de campamentos” (que “justamente pueden denominarse nómadas” porque “la consecución de su comida silvestre, tanto animal como vegetal, requiere de viajes considerables”).

La base descriptiva para esta clasificación es tan obvia que no nos sorprende el que los primeros viajeros españoles agruparan a los pueblos nativos del Suroeste de manera similar; y es importante recordar que para ellos esta división era aplicada a los pueblos tanto al sur como al norte del actual límite internacional. Para la época en la que escribió Goddard, la frontera internacional se había convertido en un factor decisivo en la investigación antropológica, y asumiría también una importancia especial en el paulatino surgimiento del concepto antropológico del Suroeste como un área cultural nativa. En la misma obra arriba señalada,

Goddard sólo trató acerca de los pueblos al norte del límite internacional. Durante mucho tiempo incluso aquéllos que ayudaron a ampliar geográficamente el concepto de Suroeste, como para incluir a los pueblos similares del norte de México, se atuvieron al concepto con un contenido derivado casi exclusivo de las características culturales de los pueblos existentes al norte de la frontera.

Antes de que apareciera la segunda edición de *Indians of the Southwest*, en 1917, Wissler —en *The American Indian*— había rechazado aquella temprana clasificación bipartita tomando como base los sumarios de Goddard y de otros investigadores acerca de las culturas del Suroeste presentes al norte del límite internacional. Escribió que en el Suroeste “tenemos lo que parece ser dos tipos de cultura: los pueblos y las tribus nómadas”. Y agrega que “desde nuestro punto de vista esta distinción no parece del todo justificable, pues las diferencias son básicamente las de la arquitectura y la agrupación social...” (*ibidem*: 224). Concluye diciendo que “en los rasgos ampliamente difundidos de agricultura, metate, cerámica, y en menor grado la manufactura de prendas con telar y huso, el uso previo de sandalias, un sistema social similar y un ritualismo intenso, tenemos lazos culturales comunes entre todas las tribus del Suroeste que las unen en una sola área cultural. Entre todas sobresalen los pueblo” (*ibidem*: 226-227), o en otras palabras “la cultura pueblo aparece como el tipo” (*ibidem*: 224). Esta posición confusa y poco clara, y no la de Goddard, durante mucho tiempo dominó desafortunadamente en nuestro pensamiento acerca del Suroeste. Aun cuando esta definición unilateral de la cultura del Suroeste centrada en los pueblo dio lugar a una evaluación más realista del papel de “todos” los pueblos agrícolas del Suroeste, la mayoría de los investigadores siguió pensando en términos de un área cultural Suroeste en la que la cultura de los pueblos cultivadores “aparece como el tipo”. Kroeber ha desarrollado esta posición de manera más completa y sistemática.

Una de las pocas excepciones a esta tendencia general fue el artículo de Spier denominado *Problems Arising from the Cultural Position of the Havasupai*, publicado en 1929. Este autor, en pocas palabras reco-



noce no una sino dos culturas básicas en el Suroeste y, lo que es más importante, relaciona a una de ellas con áreas que hasta entonces nadie había pensado incluir en el Suroeste. Muestra cómo los havasupai, a pesar de haber adquirido la agricultura y otros rasgos de los pueblos, permanecieron esencialmente con una cultura similar a la de la Gran Cuenca. Otra contribución aún más importante, al menos implícita, es que cada vez que presenta una afinidad de los havasupai y de otros pueblos de la “ranchería occidental” con los shoshone de la Gran Cuenca, muestra que dicha afinidad también existe en las tribus del centro y del sur de California. Desafortunadamente Spier no discute este aspecto de sus hallazgos ni tampoco atrae la atención del lector hacia ello. Si hubiera obtenido implicaciones habría llegado a pensar que los “habitantes de campamentos”, de Goddard, eran básicamente distintos de los “habitantes de los pueblos”, alrededor de los cuales se ha formado nuestro concepto de Suroeste, pero habría notado que junto con los grupos de la Cuenca, de California y con algunos pueblos del norte de México, forman un área cultural completamente aparte cuya existencia no había sido reconocida con anterioridad.

The Comparative Ethnology of Northern México Before 1750 fue una importante contribución de Beals (1932) porque demostró la existencia de “dos grandes grupos dentro del norte de México que pueden definirse con cierta claridad: los pueblos agrícolas y los no agrícolas”. El autor no sólo muestra que “las diferencias más marcadas en cultura” son aquellas existentes entre ambos pueblos, sino que también en el norte de México, que considera como parte del Suroeste: “las diferencias entre ambos grupos son mucho mayores que las que existen entre cualquiera de los grupos del Suroeste” (en el sentido restringido de Arizona-Nuevo México), ninguno de los cuales es no agrícola del todo. “En contraste, casi la mitad de la región del norte de México está ocupada por pueblos que no practican la agricultura” (*ibidem*: 134-135). También hay agricultores parciales que culturalmente están más relacionados con pueblos no agrícolas que con los verdaderos agricultores. Al incluir a los no agricultores y a los agricultores parciales en el Suroeste, Beals nos ayudó a

observar con más claridad la separación esencial de las dos culturas en el Suroeste como un todo.

Dicho autor resume su posición en los términos siguientes: “Las áreas que han sido bosquejadas... no representan áreas culturales, sino más bien provincias culturales dentro de un área mayor en la que la característica más marcada es la homogeneidad de la cultura. Por supuesto, esto no reza para la diferencia entre las regiones agricultoras y no agrícolas. Entre estos dos grupos las diferencias impuestas por el cambio en la fuente de alimento son suficientes para marcar una gran distinción entre las culturas de las dos regiones” (*ibidem*: 145). Aquí podemos ver la posición ambigua, característica de la mayoría de los escritos acerca del Suroeste o Gran Suroeste. Es difícil entender si Beals habla de una o de dos áreas culturales. Aparentemente reconoce dos áreas de “diferenciación mayor”, pero de alguna manera se resiste a su propia formulación sugiriendo “homogeneidad” cultural dentro de un área inclusiva mayor. La posición resultante no es completamente clara.

Seguramente la curiosa actitud ambigua de Beals se debe en gran parte a la influencia del pensamiento de Kroeber, quien acababa de publicar *Native Culture of the Southwest* (1928). Este “artículo francamente programático”, como Spier lo ha llamado, quizá ha sido el de mayor influencia sobre todos los autores comentados, tanto por lo que enfatiza como por lo que no recalca. Kroeber habla de dos grupos de contrastes: “En un aspecto, el núcleo del Suroeste es único en Norteamérica. Esto se debe a que cuenta con dos corrientes culturales paralelas y fuertemente interinfluenciadas, la agrícola y la no agrícola” (*ibidem*: 386). Por otra parte, “...el Suroeste conocido parece comprender dos tipos culturales relacionados pero firmemente distintivos: uno caracterizado por la culminación pueblo y otro que puede llamarse *Sonora-Gila-Yuma*”. Ésta es la formulación de Kroeber en 1939 (p. 32), pero en contenido es la misma que había postulado antes, en 1928 (pp. 379-380). Todos los rasgos mediante los cuales este autor caracteriza a estos dos tipos culturales son típicos de los pueblos agrícolas del Suroeste y es claro que, en esencia, esta división corresponde a la que Goddard hizo de los pueblos

sedentarios en “habitantes de pueblos” y “habitantes de aldeas”, con la diferencia de que Kroeber proyecta esta división al pasado, más o menos como Nelson lo había hecho antes que él.

¿Cómo concibe Kroeber la relación entre ambos tipos de contrastes? ¿Entre las “dos corrientes culturales paralelas y fuertemente interinfluenciadas” (una agrícola y otra no agrícola) y los “dos tipos culturales relacionados pero firmemente distintivos” (ambos caracterizados por los pueblos agrícolas)? En su artículo de 1928 nos da una respuesta directa, de hecho no trata el tema, pero es significativo que discuta los dos tipos de división en orden inverso al que los hemos mencionado: primero la división del Suroeste en los pueblo y Sonora-Gila-Yuma; y en segundo, en pueblos agrícolas y no agrícolas. Además, casi no tiene nada que decir de estos últimos, de modo que centra su atención en los pueblos agrícolas.

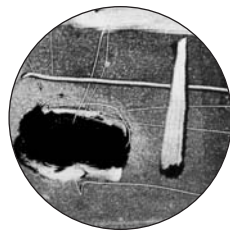
¿Por qué Kroeber no aparta a todos los pueblos no agrícolas y los considera como un grupo completamente distinto? Trata este asunto en una nota al pie de página de su libro *Cultural and Natural Areas of Native North America* (1939), en donde plantea las siguientes alternativas: “¿Tenemos dos ‘culturas’ o dos facetas a lo largo de una serie de culturas?”. Su respuesta es que estamos ante lo último. Spier había alineado a los yuma de la meseta de Arizona con los apache y con los shoshone de la Cuenca en contraposición a los yuma del río y los pima. Kroeber señala que “en cuanto a la descripción, Spier puede estar en lo cierto; aunque entonces los seri, los diegueño y cochimí probablemente deberían incluirse en su primer grupo, y los cáhita y otros en el segundo. Históricamente puede cuestionarse si el desarrollo cultural fue tan sencillo que puede explicarse mediante dos corrientes esencialmente distintas según que el hábitat impidiera o facilitara la agricultura, aunque este factor fuera importante” (*ibidem*: 43, n. 28). Por supuesto, si un pueblo practica o no la agricultura, ello no sólo se debe a condiciones naturales sino también culturales. Al mismo tiempo, no logro entender qué quiere decir Kroeber en cuanto a la posibilidad de que Spier acierte en la descripción, pero que se equivoque históricamente. Las tribus de la meseta de Arizona y de la Gran Cuenca deben haber tenido una

historia común durante un largo y decisivo periodo, según se infiere del hecho de que hoy día poseen una cultura básicamente similar. Parecería, entonces, que se hallan unidas más de manera histórica que descriptiva, pues una descripción de su cultura actual muestra muchas diferencias nuevas debidas tanto a su desarrollo o pérdida local, como a influencias externas.

La duda de Kroeber implica que realmente no hay dos corrientes culturales distintas: agrícola y no agrícola, sino solamente “dos facetas a lo largo de una serie de culturas” y que todo el Suroeste, así como los dos tipos de cultura en los que él lo divide, se caracterizan por una de estas dos facetas, principalmente la agrícola.

Como podemos ver a lo largo del argumento de Kroeber, el tercer grupo de Goddard, el de los “habitantes de campamento”, desaparece como una cultura en sí misma. Los pueblos no agricultores se convierten en una simple adición de sus vecinos más avanzados. Ésta es una posición bastante irreal que va en detrimento tanto de un adecuado entendimiento de la situación bajo estudio como de la teoría general. En realidad esta idea de los recolectores del Suroeste como simples subordinados presentes en varias culturas y caracterizados por pueblos agrícolas más avanzados contiene ya el germen del concepto de “culturas parásitas” de Kroeber, según se ejemplifica con los seri.

En 1948, en *Anthropology*, este autor introdujo el concepto de “culturas medias” o “culturas parciales”, ciertamente un concepto sugerente al aplicarse a los pastores nómadas del Viejo Mundo que “están particularmente limitados y tienden a mantener una relación de complemento con las culturas más ricas y variadas de sociedades sedentarias vecinas o diseminadas” (*ibidem*: 278). Kroeber no aplica este tipo de relación simbiótica para los recolectores y agricultores del Gran Suroeste, pero sugiere, “justo en el extremo de este concepto”, algo que sólo difiere de él en grado, es decir, una relación “parasitaria”. Proporciona dos ejemplos: los negritos de las Filipinas y los seri del Suroeste. “De cualquier manera, históricamente las culturas como éstas son parasitarias. Por lo que podemos ver, han contribuido con poco o nada al acervo de la cultura humana, al mismo tiempo que han tomado lo que poseen de otras culturas y ello con fuertes limi-



taciones” (*ibidem*: 280). Si esto es cierto para los seri, es difícil ver cómo no podría aplicarse a todos los demás recolectores del Gran Suroeste y del resto del mundo. Al desarrollar hasta su conclusión lógica, su idea de que los recolectores del Suroeste sólo son una faceta presente en varias culturas más avanzadas, Kroeber nos ha ayudado a ver la falacia de todo el concepto con mayor claridad.

En todo esto parece faltar una verdadera perspectiva histórica. Cuando Kroeber clasifica espacialmente a las culturas, con todo su interés en el desarrollo histórico, piensa más de manera estática —en nuestro caso ya sea en términos de dos facetas que se extienden a través de varias culturas o, usando un símil, de dos corrientes paralelas de cultura— que dinámica, es decir, en una cultura joven que incursiona en el territorio de una más antigua. Si pensamos metafóricamente, sería como un río que fluye en un desierto, parte del cual transforma en un oasis. Los argumentos que expresan tal perspectiva histórica brillan por su ausencia en el artículo programático de 1928 de Kroeber, pero se hallan en su libro de 1939. En este último sólo aparecen en las secciones históricas, completamente desligados del problema de cómo agrupar en áreas a las culturas recientes (o para el caso, a las culturas del pasado).

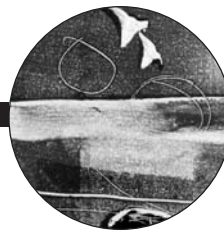
Papel de la subsistencia en la clasificación regional de las culturas

Cuando en 1936 —en *Cultural Relations of the Gila River and Lower Colorado Tribes*—, Spier alineó a los yuma de la meseta del Arizona con los shoshone de la Cuenca (y los apache) en contraposición a los yuma del río y pima, basó su clasificación no solamente en la carencia o importancia secundaria de la agricultura sino también en un análisis de toda su cultura (véase su artículo de 1929). Sin embargo, Kroeber tiene razón cuando señala que tras esa agrupación “parece existir la consideración de que los primeros no practican la agricultura y los segundos sí lo hacen regularmente”. Y después agrega: “a su vez, por supuesto en esto subyace la ecología de las dos regiones” (Kroeber, 1939: 43, nota 28), con lo cual parece referirse al hecho de que en un caso el hábitat permitió la agricultura mientras

que en el otro la impidió, o bien que la agricultura fue la base primordial para la vida.

El eje del argumento de Kroeber, es decir que una división cultural debe estar equivocada si coincide con una diferencia de la importancia de la agricultura, aún cuando la división propuesta se base en un análisis total de la cultura, se encuentra de nuevo en la reciente edición de *Anthropology*, donde en otra nota al pie de página leemos: “Algunos autores como Kirchhoff y Kidder delimitan Mesoamérica comprendiendo la región de Alta Cultura más la porción agrícola de la región subnuclear. Dentro de México, este procedimiento sustituye a la agricultura por el calendario como el criterio que permite definir Mesoamérica” (Kroeber, 1948: 793, nota 11). En realidad, por la naturaleza propia del caso, mi delimitación de Mesoamérica en contraposición al Gran Suroeste se basaría en la agricultura sólo donde en Mesoamérica, con un corte brusco, hallemos recolectores primitivos, pero obviamente no sería así donde los agricultores mesoamericanos se encuentren con los agricultores del Suroeste. Lo interesante en ambos casos que estoy yuxtaponiendo, es la fuerte aversión de Kroeber para asignar a la presencia, ausencia o importancia de la agricultura cualquier lugar significativo en la delimitación de tipos regionales de cultura. Esto lo lleva no sólo a agrupar en una sola área cultural a los agricultores parciales y a los de tiempo completo sino también a éstos con pueblos carentes de agricultura. El resultado es más sorprendente en el caso del norte de México, porque ahí los mayas [*sic*, es posible que se refiera a los mayos] y los nómadas norteros se convierten en compañeros en el mismo tipo regional de cultura. En esencia, sucede lo mismo cuando agrupa a los pueblos agrícolas, semi-agrícolas o completamente no agrícolas del Suroeste.

La fuerte aversión de Kroeber para dar a la base de subsistencia un papel importante en la delimitación regional de las culturas puede verse con mayor claridad en los casos de los navaho y en el sur de California. Cuando compara a los navaho y a los hopi, afirma que si bien “la base económica de la sociedad” es completamente distinta, existe una “uniformidad esencial en los niveles formales o superiores” de la cultura (1928: 386). Utiliza esto último y no lo primero como una



base para clasificar, de modo que los hopi y los navaho pasan a formar parte de su “tipo subcultural pueblo” del Suroeste (diferenciado como “pueblo” e “inter-pueblo”). En realidad, la “uniformidad esencial en los niveles formales o superiores” sólo se halla en complejos y elementos individuales, y no es su integración a la cultura total.

El sur de California es descrito como “un área con base de subsistencia característicamente californiana, con un contenido cultural específico del Suroeste por encima del nivel de subsistencia” (Kroeber, 1939: 54). Nuevamente son los “niveles formales o superiores” de la cultura lo que sirve a este autor como base para asignar un área a un grupo mayor, es decir al Suroeste en vez de a California.

En contraste con estos dos casos, es difícil ver cuáles razones específicas tenía Kroeber para incluir a los yuma de la meseta de Arizona en el Suroeste y no en la Cuenca, como sugiriera Spier, pues la propia discusión de Kroeber parecería llevar a esta última conclusión. Señala claramente que en estas tribus la ausencia de una agricultura regular es parte de un panorama cultural global que no las vincula con los pueblos agricultores, sino con los no agrícolas del Suroeste, o mejor dicho del Gran Suroeste. Asimismo argumenta mucho en el mismo sentido que Spier y concuerda con el análisis de éste, pero al final llega a la conclusión opuesta: “La cultura muestra muchas semejanzas con la de la California peninsular (incluyendo a los diegueño), así como con la de los shoshone de la Gran Cuenca, en especial con la de los paiute del sur, al otro lado del Gran Cañón del Colorado. También hay muchas semejanzas específicas con los seri. De este modo, en este grupo tenemos una cultura relacionada principalmente con las culturas no agrícolas, del desierto, de la región. Sobre esta base se han hecho diferenciaciones locales superficiales, como por ejemplo: agricultura semi-sistemática havasupai y uso de algunas máscaras adoptadas de los hopi; sibs matrilineales que los yavapai del sureste comparten con los apache; ciclos de canciones y ritos de duelo mohave adquiridos en el periodo americano por los walapai. En cada uno de estos casos la influencia de lo adquirido continúa siendo local y parece ser más bien reciente. Aun antes de

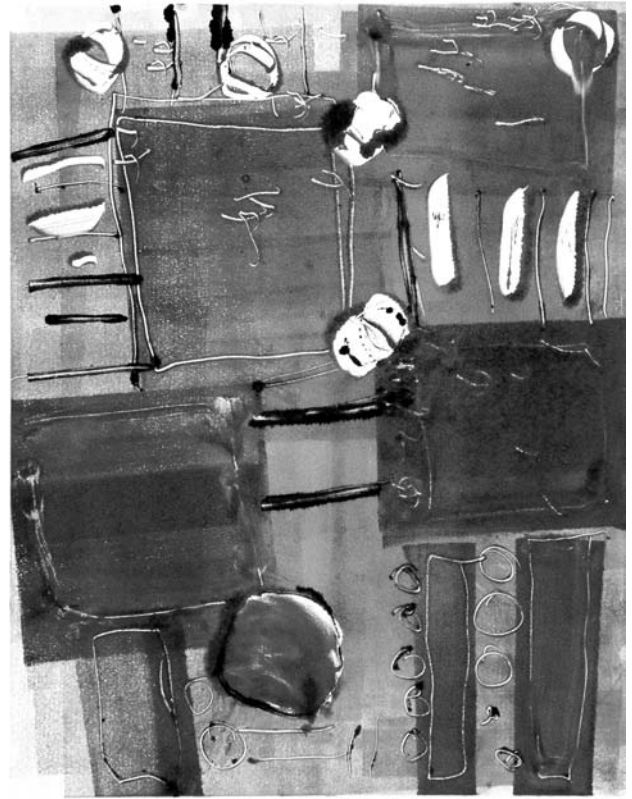
que los datos yavapai y walapai fueran accesibles, Spier analizó claramente a la cultura havasupai en este sentido, señalando la calidad de agregado y la pequeñez esencial del ingrediente pueblo; ubicando a la cultura básicamente junto a aquella de la Gran Cuenca” (*ibidem*: 41-42). Opina que “la semejanza del noroeste de Arizona con las culturas de la Gran Cuenca radica no sólo en un considerable contenido específico, sino especialmente en una escasez similar de patrones definidos” (*ibidem*: 42). Luego de tal análisis es una verdadera sorpresa ver que, después de todo, Kroeber considera que esta área pertenece a su “Suroeste cultural”, caracterizado por sus pueblos agricultores, y que asigna específicamente al sector Sonora-Gila-Yuma a estas tribus semi-agrícolas o no agrícolas, clasificación para la cual no da otra razón que su hábitat. Tal clasificación parece injustificada, tanto “descriptiva” como “históricamente”.

El criterio fundamental de Kroeber para incluir a algunos pueblos en el Suroeste y excluir a otros, claramente no tiene que ver con que se hayan desarrollado de manera distinta a partir de un substrato cultural común —entonces tendría que incluir a muchos de los que ha excluido—, sino más bien con lo que él considera fuertes influencias del “núcleo y clímax” agrícola del área. Donde tales influencias parecen no existir o ser débiles, Kroeber incluye a diversos grupos de recolectores en otras áreas a partir de las cuales cree que dichos grupos fueron más fuertemente influenciados; aquéllos del sur de Texas con las áreas del este y los del noreste de México con Mesoamérica. Finalmente, en donde ve fuertes influencias que no son del Suroeste agrícola ni de ninguna otra área, establece un “Área Intermedia”, “así llamada debido a su posición entre dos áreas de desarrollo más rico y caracterizado” (1948: 787). En esta Área Intermedia, el autor ubica a la Gran Cuenca y a California; según él, ambas poseen el mismo substrato cultural que los recolectores y los agricultores del Suroeste. La inclusión de la meseta Columbia-Fraser en la misma Área Intermedia es difícil de entender en vista de la propia afirmación de Kroeber de que la Cuenca es distinta de la meseta “florística, étnica y culturalmente, con asociaciones principalmente al

Suroeste y a California (1939: 55) y debido a que la meseta parece tener un substrato cultural común con la costa Noroeste y haber sido influenciada desde ésta como para formar su “área de influencia”.

Aunque aceptáramos esta línea de razonamiento de que las tribus más sencillas se agrupan junto con pueblos más avanzados que las han influenciado, en vez de considerar las semejanzas básicas que tienen entre sí, es difícil ver cuáles influencias mesoamericanas podrían ser detectadas entre la mayoría de los recolectores del norte de México que fueran tan marcadas como las influencias pueblo sobre los havasupai. A estas últimas Kroeber las concibe como locales, recientes y superficiales. También es difícil ver cómo las tribus de Baja California, especialmente la mitad del sur, presentan más influencias del Suroeste que aquéllas del centro de California. Yo argumentaría decididamente en sentido contrario, en especial por lo que toca a las tribus de culto *kuksu*, con su personificación de espíritus, su ceremonia de la serpiente de cascabel, “una secuencia definida de direcciones en un circuito a la izquierda” (Kroeber, *Handbook of the Indians of California*, 1925: 875), su tambor tocado con los pies [tarima] y la importancia de los números 4 y 20. ¿Qué podría decirse que parece del Suroeste (y quizá mesoamericano en última instancia) en el sur de Baja California?

Durante mucho tiempo el concepto del Suroeste sostenido por Kroeber como un área cultural con dos subtipos y con dos facetas culturales (la agrícola y la no agrícola) representadas en ambos, así como los criterios subyacentes en esta clasificación, no encontraron oposición crítica. Los arqueólogos mostraban una tendencia a pensar en recolectores y agricultores en el Suroeste no tanto como divisiones en el espacio (es decir, dos culturas coexistentes), sino como una división en el tiempo. Por ello sentían que no había razón para objetar el esquema de Kroeber. Además, la atención de etnólogos y arqueólogos se centraba en el ensanchamiento geográfico gradual del concepto del Suroeste, sin dedicar mucho interés a la interrelación de sus diversas partes. Incluso aquellos de nosotros que nos sentíamos teóricamente insatisfechos y prácticamente impedidos por una definición del Suroeste que incluye



a dos culturas admitidas como distintas, una de ellas mucho más joven que la otra, no pensábamos en alejarnos de la clasificación tradicional y ortodoxa. Cualquier cambio en la clasificación de la interrelación de ambas culturas que se sintiera necesario realizar sería hecho dentro del marco conceptual reconocido de un área cultural.

Pero la ampliación geográfica gradual y continua del concepto fue precisamente lo que preparó el terreno para reformular su contenido. La proporción original de pueblos agricultores y recolectores, o semi-agricultores se invirtió y la separación esencial de los dos extremos, es decir de los verdaderos agricultores y de los que sólo eran recolectores, se hizo más y más obvia. Una vez que se amplió el Gran Suroeste, el propio concepto del Suroeste como un área cultural aparte comenzó a desintegrarse. En lugar de un Gran Suroeste surgieron dos. Pero el primer paso para reconocer esto, no obstante lo decisivo, era vacilante e incompleto.

En la Conferencia del Norte de México promovida por la Sociedad Mexicana de Antropología y celebrada en 1943, Beals presentó su concepto del Gran Suroeste “como una región en la que existen condiciones simila-



res y sobre la cual en una época pasada se extendió una cultura o sucesión de culturas relativamente homogéneas sobre un nivel pre-agrícola, con las culturas agrícolas formando una “sobreposición posterior”. Con tal hipótesis argumentaba que “ciertos fenómenos etnográficos contemporáneos se vuelven más entendibles como supervivencias de un estrato (o estratos) básico de una cultura similar... Me atrevo a sugerir que ello... explica los numerosos paralelismos hallados en nuestro poco conocimiento de los pueblos agrícolas de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas con los pueblos de la Cuenca y, hasta cierto punto, con los del centro de California”. Beals enfatiza que no presentaba este concepto “como representante de una realidad contemporánea” (1943: 194-196), y queda claro que, en esencia, su esquema es una clasificación temporal más que espacial, a la vez que no estaba directamente interesado en el problema de cómo agrupar a los recolectores y a los agricultores en una época en la que coexistieron.

Pero al centrar su interés en los recolectores y no en los agricultores, nos ayudó mucho y preparó el regreso al concepto más temprano, y ya para entonces casi olvidado, de dos áreas culturales distintas en el Suroeste. Los recolectores de la región, quienes en la clasificación de área se habían convertido en una simple faceta dentro de una cultura caracterizada por los agricultores, fueron nuevamente vistos por su propio derecho. Aun cuando Beals pensó en la “cultura relativamente homogénea” de los recolectores sólo como algo del pasado, nos forzó a enfrentarnos al problema de hasta dónde era que sus “supervivencias” moderadas aún constituían una cultura regional distinta de la de los agricultores

La cultura recolectora del Gran Suroeste

He aquí lo que Beals llama “algunas características probables de esta cultura básica hipotética: quizá la más significativa sea la presencia de técnicas complejas para emplear una gran variedad de recursos alimenticios vegetales que formen la parte principal de la dieta. El núcleo del complejo es el proceso de lixiviación, el machacador de semillas y el recipiente para coleccionar semillas, además del uso de un fruto arbóreo domi-

nante y susceptible de almacenamiento prolongado: el piñón, el mesquite y, si incluimos California, la bellota. Todos los pueblos no agrícolas de la región son principalmente recolectores más que cazadores, diferenciándose de forma clara de otros pueblos norteamericanos. Otros elementos son las técnicas para aprovechar de manera efectiva a los pequeños roedores que forman el grueso de la fauna; organización social necesariamente basada en bandas pequeñas, pero con una tendencia patrilineal; énfasis ceremonial en los ritos de pubertad; un fuerte desarrollo de la brujería y de la magia en lugar del shamanismo verdadero, etcétera” (*ibidem*, 1943:195).

Yo diría que ésta es una caracterización mínima no sólo de una cultura hipotética del pasado sino de una actual, una cultura que existe (o mejor dicho existió hasta la llegada de los blancos) en gran parte del occidente de Norteamérica. Éstos son algunos otros rasgos que parecen formar parte de esta cultura: los hombres andan desnudos; las mujeres usan dos delantales, uno al frente y otro atrás; se dejan crecer largo el pelo; los hombres usan una gorra de piel o de pelaje; tienen cobertores tejidos de pelo de conejo; chozas en forma de cono o domo; horno de tierra; mirada perdida; son pacíficos. Es indudable que esta lista crecerá de manera considerable una vez que se inicie una investigación sistemática.

El área donde hoy se encuentra esta cultura está marcada con puntos en el mapa adjunto. En esta área incluimos tanto a los pueblos que subsisten sólo de la recolección como aquéllos que han adoptado algo de agricultura, pero cuya cultura global se basa más en la recolección que en los cultivos. Estos “agricultores parciales” se indican en el mismo mapa con líneas discontinuas sobrepuestas a los sectores punteados. También incluimos a los pueblos del Gran Suroeste que cazan o pescan más que aquellas tribus cuyas actividades de subsistencia son más típicas de la cultura recolectora del Suroeste, pues en la mayor parte de otros aspectos se asemejan a ella.

En la cultura recolectora del Suroeste se pueden distinguir las siguientes subáreas (el orden de presentación es arbitrario, comenzando en el suroeste y terminando en el sureste):

Subáreas	Correspondencia con las divisiones de Kroeber
1. Costa de Sonora y Sinaloa (seri y guasave) (se anotó de forma provisional seri y guasave aun cuando es difícil saber algo específico acerca de los últimos).	(SW 6)
2. Baja California (véase Kirchhoff, 1942, para las subdivisiones).	(SW 9)
3. Sur de California.	(SW 10)
4. California Central (véase Kroeber, 1939, para las subdivisiones).	(I 2)
5. Gran Cuenca (<i>idem</i> , para las subdivisiones).	(I 1)
6. Noroeste de Arizona (yavapai, walapai, havasupai).	(SW 7)
7. Apache (<i>idem</i> , para las subdivisiones).	(SW 2B)
8. Norte de México (véase Kirchhoff, 1943b, para las subdivisiones). Aquí se ha agregado a los concho y a los suma-jumano. Con un mejor conocimiento, algunas de las subdivisiones que están en la frontera mesoamericana, como los guachichil y los pame, pueden llegar a considerarse como equivalentes taxonómicos del "norte de México"	(M 17-18)
9. Sur de Texas (karankawa y tonkawa) (Los atakapa que Kroeber incluye en su "Sur de Texas" parecen pertenecer más bien al área Sureste).	(E 3)

Algunas de las variaciones locales parecen ser producto de adaptaciones a diversas condiciones ecológicas. En algunas localidades restringidas la pesca era más importante que la recolección de alimentos vegetales y en alguna época, cuando las regiones boscosas de mayor altitud aún se hallaban en manos de los recolectores, éstos pudieron ser mucho más cazadores que cualquiera de las tribus encontradas por los españoles. Otras variaciones locales pueden reflejar la cultura más temprana de ciertas tribus antes de que migraran a la región (atapascanos) o que se adaptaran a la creciente aridez. Y algunas otras variaciones locales se deben a distintas influencias externas.

Podemos suponer que en alguna época la cultura recolectora del Suroeste se hallaba en todo el Gran Suroeste. El arribo de una cultura (o quizá varias) procedente del sur y basada en la agricultura redujo de forma considerable al área de la cultura recolectora. Al mismo tiempo, varias de las tribus que compartieron esa nueva cultura pudieron haberse desvinculado geográficamente del cuerpo principal. Los desarrollos posteriores (la retirada de la cultura agricultora en algunos

sectores de sus posiciones avanzadas y posiblemente la deculturación de otras, así como la incorporación de nuevos grupos venidos del norte, como los atapascanos, a la cultura recolectora del Suroeste) incrementaron de nuevo el territorio ocupado por la cultura recolectora y restablecieron la continuidad geográfica en la mayor parte de sus sectores. Para la época a la que se refiere nuestro mapa, solamente los seri y los guasave de la costa de Sonora y Sinaloa estaban separados del cuerpo principal; incluso se hallaban frente a otros recolectores de la misma cultura ubicados al otro lado del Golfo de California.

En el mapa los agricultores parciales aparecen en una franja que rodea a los agricultores y es probable que encontremos la misma situación en mapas que representen épocas más tempranas. Sin embargo, muchos de los agricultores parciales recientes se hallan en un área sobre la que en una época u otra se asentó la cultura agricultora del Suroeste; y muchos pueden no estar representando una extensión progresiva de la agricultura sino más bien un desarrollo retrógrado en el que sólo se conserva algo de agricultura junto con cier-

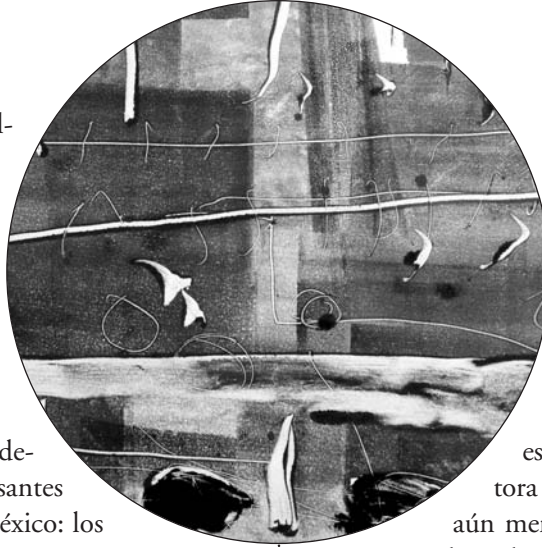
tos elementos de la cultura agricultora. Cabe anotar que, en el mapa, la línea que indica la mayor extensión anterior de la agricultora (en el sur como parte de la cultura mesoamericana y, más al norte, de la cultura agricultora del Suroeste) combina datos que se refieren a diversas épocas.

La discusión anterior no considera a uno de los grupos más interesantes y desconcertantes del norte de México: los chichimecas, que entraron a Mesoamérica en una época en la que los toltecas estaban en decadencia, es decir, en tiempos anteriores al que estamos tratando. Eran recolectores entre los que la caza jugaba un papel importante. Su organización socio-política (que al menos en parte parece haber sido de origen mesoamericano) era sorprendentemente avanzada, colocándolos en un plano muy superior al de cualquier representante más reciente de la cultura recolectora del Suroeste. No obstante, lo poco que se sabe acerca de los chichimecas es un recordatorio constante del peligro que implica proyectar una situación más reciente hacia el pasado, desconociendo la posibilidad de cambios radicales que pudieron haber ocurrido.

La cultura agricultora del Gran Suroeste

Tras eliminar a los recolectores y a los agricultores parciales del área cultural Suroeste o Gran Suroeste tradicional, nos encontramos con cinco de las áreas culturales del “Suroeste” de Kroeber: SW 1 (pueblo), SW 2 (navaho), SW 3 (cáhita), SW 4 (pima-ópata), SW 5 (tarahumara, y SW 8 (Colorado inferior). Todas estas tribus son agricultoras completas en el sentido de que su cultura como un todo (o al menos partes decisivas de la misma) ha surgido o se ha desarrollado en torno a la agricultura como la base primordial de subsistencia.

Sin embargo, entre los dos “focos” (los pueblo y los pima-ópata) encontramos marcadas diferencias de nivel cultural y de grado en que estas tribus participan en los aspectos más relevantes de la cultura agricultora del



Suroeste. Incluso dentro de esta última subárea las diferencias son pronunciadas entre los pima y los ópata de la región inferior, más desarrollados y característicos, y los pima de la región superior, que son mucho más sencillos y que tienen un buen número de rasgos y complejos que están presentes en la cultura recolectora del Suroeste. La cultura pápago es aún menos típica y parece ser una versión empobrecida de la cultura pima de la región superior. Y aunque entre los pápago la importancia económica de la agricultura puede ser menor que entre algunos agricultores parciales (Castetter y Bell, [*Pima and Papago Indian Agriculture*, 1942: 56] calculan que sólo del 50 al 60 por ciento de su subsistencia se derivaba de la agricultura), con bastante tino han sido llamados “indios del desierto con una herencia agrícola” (*ibidem*: 48) y con base en la evaluación de su cultura global centrada en la agricultura deben ser incluidos en la cultura agricultora del Suroeste.

Entre los yuma del río la agricultura es proporcionalmente más importante que entre los pápago (Castetter y Bell, *Yuman Indian Agriculture*, 1951: 74. Estos autores calculan que el 40 por ciento de su subsistencia procede de la agricultura) y parece ser antigua (incluso existen algunas prácticas agrícolas que son desconocidas por sus vecinos), pero el papel de la agricultura para moldear su cultura como un todo es menos claro que entre los pápago. Indudablemente que esto se debe, en parte, al hecho de que mientras la cultura pápago es una variante empobrecida de la cultura pima (cuya inclusión en la cultura agricultora del Suroeste nos parece obvia), la cultura yuma del río en muchos aspectos se mantiene aparte por sí misma. Su organización socio-política y en especial militar (que recuerda a la de algunas regiones de Mesoamérica) coloca a estas tribus en un nivel muy por encima de cualquiera de los miembros típicos de la cultura recolectora del Suroeste, y aparecen por completo como parte de la cultura agricultora del Suroeste, aunque quizá como su parte más divergente.

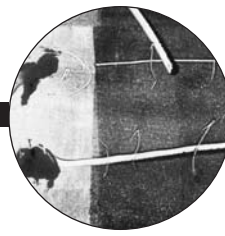
Mi inclusión de los navaho en la cultura agrícola del Suroeste no sólo se basa en la importancia cuantitativa de la agricultura en su economía —Hill [1938:182] los coloca junto con los pueblo a este respecto y los considera mucho más avanzados que cualquier otra tribu del Suroeste—, sino también en la gran elaboración del ritual agrícola, mismo que debe significar un complejo agrícola antiguo y de profundas raíces. Los navaho cuentan con tres formas complicadas de rituales de siembra colectiva (distintas de los rituales que acompañan a la siembra), que según tengo entendido no han sido reportadas hasta ahora en ningún otro lugar; dos de éstas son “espirales” y la tercera es “escalonada”. En las tres se utiliza el número ritual 12 (Franciscan Fathers, *An Ethnologic Dictionary of the Navaho language*, 1910: 264; Hill, 1938: 28-31). Entre ellos también encontramos indicios de una compleja organización tribal que se ha perdido en la época de la reservación, como por ejemplo la institución de “12 jefes que reunidos en consejo estaban sujetos a cuatro portavoces” (Franciscan Fathers, *ibidem*: 422). Si bien conservan mucho de la cultura atapascana común del sur (aunque es interesante hacer notar que no conservan mucho de lo que comparten los apache como conjunto con la cultura recolectora del Suroeste), los navaho parecen haber injertado hace mucho tiempo en esta base original una cultura que aparentemente se deriva en parte de los pueblo del este (tanoanos) y en parte de una fuente de influencia sureña (mesoamericana), aún no identificada, que no llegó a ellos a través de los pueblo actuales.

El mayor o menor número de rasgos y complejos típicos de la cultura recolectora del Suroeste que encontramos entre los miembros menos desarrollados y menos típicos de la cultura agrícola del Suroeste pueden ser supervivencias de una forma pre-agrícola o bien indicios de una deculturación y debilitamiento general de la cultura agrícola. Su presencia, ampliamente asociada a un nivel más bajo de complejidad cultural general, ha creado varios casos fronterizos en los que es difícil la asignación a la cultura recolectora o a la cultura agrícola del Suroeste, pero estos casos en definitiva son excepcionales y, en conjunto, el contras-

te básico entre las dos culturas regionales del Gran Suroeste sobresale de manera amplia.

Aparte de las diferencias de nivel, en la cultura agrícola del Suroeste existe una diversidad considerable. Y cuando sólo es vista en términos de esa cultura, la variedad puede parecer tan importante como para hacernos pensar en si en realidad estamos tratando con una y no con dos o varias culturas regionales. Pero al contrastarla con la cultura recolectora del Suroeste, por un lado, y con la cultura mesoamericana, por el otro, la cultura agrícola del Suroeste aparece como una unidad, si bien ricamente diversificada. Sin embargo, esta situación puede ser relativa y reciente. Es muy posible, y de hecho probable, que en diversas épocas y por distintas rutas llegaran al Suroeste migraciones e influencias procedentes del sur. Parece que dichos elementos, dependiendo de la región de procedencia, trajeron diversos rasgos culturales que estimularon distintos crecimientos culturales y que después se fusionaron en una cultura regional, diferente tanto a la de los habitantes primitivos de la región como a la de la cultura-madre o cultura del sur.

Es difícil decir cuál diferencia es mayor: la que existe entre las culturas recolectora y agrícola del Gran Suroeste, o la que hay entre esta última y la cultura mesoamericana. Al igual que ésta, la cultura agrícola del Suroeste está basada en la agricultura, pero allí se carece de árboles frutales y de muchas otras plantas (chile pimienta, tomate, etcétera) que constituyen una parte integral de la agricultura mesoamericana. Positivamente la agricultura del Suroeste se caracteriza, sobre todo, por la importancia de los cultivos de regadío e inundación. La organización de la sociedad es totalmente diferente: en el Suroeste es mucho más simple y se rige básicamente por el parentesco, a diferencia de las clases sociales, ciudades y organización estatal que ocurre en Mesoamérica. Doquiera que la cultura agrícola del Suroeste presenta semejanzas específicas con Mesoamérica (en tecnología, guerra, religión, etcétera) observamos lo que podemos llamar una versión provinciana o rústica de su contraparte mesoamericana. La cultura agrícola del Suroeste como un todo aparece como la cultura de una sociedad de campesinos no estratificada, a diferencia de la sofisticada cultura de



clases de Mesoamérica. Sus semejanzas específicas, tanto en contenido como en organización global, con frecuencia se dan en las partes menos avanzadas y menos típicas de Mesoamérica, en donde las características de una cultura más temprana, pre-mesoamericana, aún se proyectan ampliamente.

La caracterización que aquí hacemos de la cultura agrícola del Suroeste se refiere a su fase más reciente. Algunas de las culturas agrícolas más tempranas del Gran Suroeste, como por ejemplo la cultura hohokam, cuyos grandes canales de irrigación y juegos de pelota parecen presuponer una sociedad estratificada, pueden haber estado más cerca de su cultura madre-sureña.

La historia de esta variante norteña de las grandes civilizaciones del sur ha tenido periodos de avance y retroceso, y los efectos de ambos son visibles en el panorama más reciente. Durante las épocas de avance la cultura agrícola extendió su influencia incluso más allá del área a cuyos habitantes transformó de recolectores en agricultores. En algunos casos el abandono de distritos distantes parece haber sido acompañado de una mayor vigorización de la base natal. Más en otros casos (y éstos parecen haber sido más frecuentes conforme pasaba el tiempo), la pérdida de territorio y/o de población debe haber producido una pérdida en la cultura e incluso cambios básicos en la estructura de la sociedad y en la cultura como un todo. Grandes apartados de la historia de la cultura agrícola del Suroeste parecen haber mostrado como su principal contenido la contracción tanto geográfica como cultural. Esto convierte a la cultura agrícola del Suroeste, su desarrollo y decadencia, en uno de los grupos de estudios de caso más fascinantes y prometedores de las colonias culturales remotas. Casi sobra decir que tal estudio tendría que efectuarse teniendo como punto de partida a las culturas mesoamericanas y pre-mesoamericanas en el sur.

El obvio papel de Mesoamérica (y de una cultura pre-mesoamericana, más temprana, ubicada en la misma área) en el surgimiento de la cultura agrícola del Suroeste y la influencia de esta última en la cultura recolectora del Suroeste, no nos debe soslayar la posibilidad de que ambas culturas regionales del Suroeste hayan influenciado a Mesoamérica. Sabemos acerca de

movimientos de población de la cultura recolectora (los chichimecas) hacia Mesoamérica y las tradiciones de los mexicanos se extienden cuando menos hasta los límites entre Mesoamérica y la cultura agrícola del Suroeste. Empero, un estudio del significado cultural de estos movimientos nuevamente presupone un concepto claro de la naturaleza de las dos culturas regionales del Gran Suroeste, y ello, como he tratado de demostrar, implica su separación conceptual.

En el mapa adjunto la cultura agrícola del Suroeste está indicada mediante líneas diagonales. El territorio está fraccionado en dos o tres partes y sólo una de ellas (la más grande) es contigua a Mesoamérica. Esta situación es resultado de la disminución geográfica. Su mayor extensión anterior está indicada en el mapa con una línea que, debe recordarse, se basa en datos de distintas épocas.

Propongo dividir a los pueblo en dos subáreas: los hopi-zuñi-keres-jemez, con clanes matrilineales exógamos, organización de kivas múltiples, surgimiento desde abajo de la tierra, mundos múltiples, cuatro o seis direcciones comenzando por el norte, cuatro y siete como números rituales; y los pueblo de lengua tanoana, con excepción de los jemez, con clanes patrilineales no exógamos, dos kivas o dos grupos de kivas y un dualismo general en la organización política y ceremonial, surgimiento desde abajo del agua, cinco rumbos comenzando por el oriente y el tres y sus múltiplos, especialmente el 12, como números rituales. Es indudable que una investigación más completa aumentaría de manera considerable el número de diferencias específicas. A pesar de las características obvias y bien conocidas que poseen en común, estos dos grupos (que no corresponden del todo a la acostumbrada subdivisión en pueblo "occidentales" y "orientales") aparecen tan distintos uno del otro como cualquier par de las cuatro subáreas agrícolas de la división Sonora-Gila-Yuma de Kroeber.

Junto con los navaho, los hopi-zuñi-keres-jemez y los pueblo tanoanos forman una subcultura regional, aún a pesar de que cada uno de los dos grupos de pueblo, especial e interesadamente los del este (tanoano), tiene un significativo número de rasgos en común con los pima y los pápago (los ópata son muy poco conocidos como para presentar tales semejanzas). Los rasgos comunes entre los pueblo tanoanos y los pima-pápago

(clanes patrilineales no exógamos, un dualismo rojo-blanco, pistas de carrera permanentes, líderes religiosos que son shamanes en vez de sacerdotes y creencias específicas, como por ejemplo que el cuero cabelludo de los enemigos puede ser ruidoso) parecen ser muy antiguos y algunos se encuentran entre los shoshone del sur de California, todos éstos hablantes de lengua del grupo tano-azteca.

De las cuatro subáreas restantes, las primeras tres (cáhita, pima-ópata y tarahumara), todas de lengua uto-azteca, forman otra subcultura regional. Los yuma de lengua hokana del Colorado Inferior y del Gila se hallan distanciados cultural y lingüísticamente.

De esta manera, en la cultura agrícola del Gran Suroeste habría siete subáreas agrupadas en tres subculturas regionales:

	Correspondencia con Kroeber
1. Pueblos de lengua tanoana.	(SW 1)
2. Hopi-zuñi-keres-jemez.	(SW 1)
3. Navaho.	(SW 2A)
4. Cáhita.	(SW 3)
5. Pima-ópata.	(SW 4)
6. Tarahumara.	(SW 5)
7. Yumas del río.	(SW 8)

Conclusión

Esperamos haber demostrado que, a pesar de haber estado en contacto durante un largo periodo, las dos culturas regionales del Gran Suroeste han conservado sus identidades por separado hasta la actualidad. Una vez que han sido distinguidas conceptualmente, el estudio de las relaciones históricas entre sí y con otras culturas regionales, al igual que su inclusión en “tipos” de cultura mundial, se vuelve significativo y útil. La mucho más antigua cultura recolectora aparece como una de las variantes regionales más fuertemente caracterizadas entre las culturas recolectoras del mundo, y la más reciente cultura agrícola se pre-

senta como una ramificación pionera de las grandes civilizaciones del sur.

Sería útil separar a estas culturas tanto por nombre como en concepto. Como los nombres descriptivos que he usado en este artículo son un tanto burdos, para los recolectores propongo el nombre “Aridoamérica” y “cultura de Aridoamérica”, mientras que para los agricultores pensamos en “Oasis América” y “cultura de Oasis América”. Esto implica el abandono de los términos Suroeste y Gran Suroeste en relación con un tipo o tipos regionales de cultura, así como su uso futuro únicamente en el sentido geográfico.

Por supuesto que no estoy interesado en que se adopten estos dos últimos términos específicos, sino en que existen dos nombres distintos para las dos áreas culturales, que nos permitirán verlas básicamente dife-

rentes más que como subdivisiones de una unidad mayor. Quizá sería aceptable, por ejemplo, seguir usando los términos Suroeste y cultura del Suroeste si se aplican exclusivamente a los agricultores, a la vez que se acuña un término distinto para los recolectores y agricultores parciales. En cuanto a los dos términos que propongo, soy consciente de que algunas de las partes geográficas marginales de mi Aridoamérica sólo son semiáridas (California central, el norte de Sinaloa y la costa noroeste del Golfo) y algunas de las áreas montañosas existentes en ella ni siquiera son semiáridas, pero ésas claramente no son las regiones que han dado a esta área cultural su imagen característica. Asimismo, sería exagerado hablar de los tarahumaras como constructores del oasis, pero de nuevo en este caso estamos tratando con una excepción que no me parece cambie la propiedad general del término Oasis América.

Tras muchos titubeos iniciales me ha llegado a agradar el contraste entre los dos términos propuestos porque uno, Aridoamérica, enfatiza la dependencia esencial del hombre en la naturaleza a un nivel de recolección de alimentos; y el otro término, Oasis América, recalca su intervención más activa a un nivel agrícola mediante la creación de oasis agrícolas y culturales en una región árida.